

Jorge Eduardo Arellano

Los hijos del maíz:
introducción a la literatura indígena de Mesoamérica

La presencia indígena en la literatura centroamericana tuvo su mayor arraigo y desarrollo en Guatemala, o sea, en el territorio que llegaría a constituir, durante el coloniaje español, la provincia más importante del antiguo reino del mismo nombre. Allí surgieron textos representativos de las culturas pertenecientes al área maya como el *Popol vuh* y el *Memorial de Sololá* (mejor conocido por *Anales de los cakchiqueles*), cuyos manuscritos se encontraron, respectivamente, en el pueblo de Santo Tomás de Chichicastenango a principios del siglo XVIII y en el archivo del convento de San Francisco de la ciudad de Guatemala, en 1844.

Si el primero es la Biblia de los hijos del maíz —y, en concreto, la saga cosmogónica y legendaria de los quichés—, el segundo, no exento de dimensión mítica, proporciona numerosos datos históricos de los propios xahiles o cakchiqueles, ubicados cronológicamente de 1493 a 1604. Ambos fueron vertidos al español por sus descubridores: el *Popol vuh* por fray Francisco Ximénez, antes de 1721, y el testimonio de los cakchiqueles, desde 1873, por Juan Gavarrete.

Productos de la tradición oral, dichos libros ejemplifican la cultura de Mesoamérica que, como la fijó Paul Kirchoff, comprende el centro y sur de México, la mitad occidental tanto de Guatemala como de Honduras, todo El Salvador, la zona del Pacífico de Nicaragua y la región noroeste (o del golfo de Nicoya) de Costa Rica. Pero éstos no constituyen los únicos documentos legados por la transmisión de la palabra antigua en la actual Centroamérica.

Jorge Eduardo Arellano, de nacionalidad nicaragüense, obtuvo un doctorado en filología hispánica en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado, entre muchos otros, los siguientes trabajos sobre su país: *Poesía de los pueblos primitivos de Nicaragua* (1968), *Las culturas indígenas de Nicaragua* (1970), *Introducción al arte precolombino de Nicaragua* (1978) y *La colección Squier-Zapatera: estudio de estatuaria prehispánica* (1980). También ha estudiado y difundido activamente la obra de teatro en español-náhuatl conocida como *El güegüence o Macho Ratón*.

La misma Guatemala ofrece —aparte de otras tres obras significativas— doce manuscritos más en lenguas indígenas, redactados después de la conquista, con la marca esencial de la mentalidad precolombina. Entre ellos figuran los de Juan Francisco Gómez, Akzip y Juan Torres Calel Cacoj y Atziquiñak en quiché; el manuscrito cakchiquel o título de Aruchilabá; el quetchí o título de Purón Chitabal; uno en pipil; otro en pomán y el manuscrito tzutujil que citó muchas veces el abate Carlos Etienne Brasseur de Bourbourg. Desgraciadamente, sus originales desaparecieron y sólo es posible apreciarlos a través de fragmentos y referencias.

No es el caso de las tres obras ya referidas: el *Título de los señores de Totonicapán*, cuya redacción data de 1554 y su traducción al español de 1834, emprendida por el cura indígena José Domingo Chonay; el *Título de la casa de Ixquib Nihaib, señor del territorio de Otzoya*, escrito después del siglo XVI y aparecido en español hasta 1876; y el drama-ballet *El varón de Rabinal o Rabinal Achí*, dictado en 1856 por el anciano Bartolo Ziz a Brasseur de Bourbourg y publicado en 1862. Las dos primeras (como, en general, los manuscritos anteriores) denuncian la violencia de la conquista y la última fija el espíritu guerrero de los quichés, al margen de toda influencia occidental.

Pero mucho más subyace en esos primigenios libros del pueblo guatemalteco que expresó en ellos sus condiciones sociales y las aspiraciones de su cultura. El *Popol vuh*, por ejemplo, supera en riqueza mítica y fabulación poética a *Los libros del Chilam Balam* de sus vecinos mayas, asentados en las tierras bajas de la península de Yucatán; y los *Anales de los cakchiqueles*, signados por la preocupación cronológica como hombres medidores del tiempo que eran, registran una versión o “visión” de los vencidos tan valiosa y emocionante como la de los aztecas, que ha sido estudiada por Miguel León Portilla.

Insistamos en valorar esos dos indelebles testimonios histórico-literarios, reconociendo en el *Popol vuh* o *Libro del consejo*, como también se le conoce, su carácter de texto sagrado, singular y completo de una civilización aborígen; y que admite parangonarse con el *Rig veda*, el *Zenda avesta* y, guardando las proporciones, con el *Génesis* bíblico. Trata pues, del origen del mundo y de la creación del hombre a partir del maíz, tras frustrados intentos con el barro y la madera. El primer tema ha sido recreado poemáticamente por Ernesto Cardenal:

Así está dicho en las historias quichés,
todo lo que dijeron, todo lo que hicieron,
en el alba de la vida, en el alba de la historia.

Pintaremos esto ya dentro de la Ley de Dios, ya dentro del Cristianismo.

Lo contaremos aquí porque ya no se tiene la visión del Libro del Consejo, la visión del alba, de la venida de la otra parte del mar, de nuestra oscuridad, la visión del alba de la vida, como se dice.

Existía el libro original, pintado antaño, pero está oculto al lector, al pensador.

Grande era su descripción, su relato, de cómo aconteció el nacimiento de todo el cielo y de la tierra, y todo fue repartido en cuatro partes, cómo todo fue trazado y medido, y se trajo la cuerda de medir y fue extendida en el cielo y en la tierra, en los cuatro ángulos, en los cuatro rincones, según la palabra del Poderoso, del Formador, la Madre y el Padre de la vida, de lo creado, de lo que respira, de lo que palpita, de lo que engendra, de lo que piensa, Luz de las tribus, Luz de los hijos, el que piensa en la bondad de todo lo que está en el cielo, en la tierra, en los lagos, en el mar.

Este es el relato de cómo todo estaba en suspenso, todo tranquilo, todo silencioso, todo inmóvil, todo quieto, todo vacío, en el cielo.

Esta es la primera relación, el primer discurso....¹

El segundo tema, en prosa, presentado por Ernesto Gutiérrez, nos dice:

Y los cuatro primeros nombres fueron hechos —dice en un fragmento—: Balán Quitze, Balam-Agab, Mahucutah e Igi-Balam; no nacidos de mujer, sino modelados y formados se les llamó. Y su creación y formación fue un prodigio, un verdadero encantamiento; perfectos y hermosos hablaron y razonaron, vieron y oyeron, anduvieron y palparon. Fue y existió en ellos el pensamiento. Su vista abarcó todo, lo visible y lo invisible, lo manifiesto y lo oculto, lo [del] cielo y lo de la tierra. Y grande fue su sabiduría, su genio se extendió sobre los bosques y las rocas, sobre los lagos y los mares, sobre los montes y los valles. Y al Creador y al Formador se dirigieron diciéndole: os damos gracias porque hablamos, oímos, andamos, sentimos, pensamos y conocemos; gracias porque vemos lo visible y lo oculto, lo cerca y lo distante y entendemos todas las cosas. *No está bien*, dijeron los dioses, *limitémoslos, porque se pueden volver iguales a nosotros, que se queden en simples criaturas, que nos reconozcan y nos honren*. Vino el Corazón del Cielo, y así como el

¹ Ernesto Cardenal, "Relato de la Creación según el Popol vuh", *La Prensa Literaria* (Managua, 11 de noviembre de 1973).

vapor empaña la luna del espejo, con una nube les enturbió los ojos, y desde entonces no vieron sino lo cercano, y lo oculto quedó oculto, y no entendieron sino algunas cosas.²

El *Popol vuh*, además, contiene tanto pasajes inherentes a la mitología y a las migraciones de los quichés como fragmentos que revelan un profundo conocimiento de la sicología humana. Y entre lo último figuran situaciones dramáticas, descripciones líricas originales e inolvidables narraciones como la *Historia de Cabracán* y la *Historia de la doncella Ixquic*, versificada admirablemente por Francisco Pérez Estrada:

Por amor concibió Ixquic;
por amor y por magia.
De un árbol de jícaro,
del espíritu de los árboles.

Virgen quedó Ixquic
después que parió a Hunapuh
después que parió a Ixbalanqué.

El corazón de Ixquic
perfumó la cólera de su padre.

La creía ramera
su padre, Cuchimaquic,
los amigos de su padre:
Hun Camé y Vacub Camé;
ramera la creían
las gentes de Xibalbá.

Ella era una mazorca tierna.

Virgen, su corazón virgen.

Virgen, su cuerpo virgen.

Rosa mística

¡Castísima!

¡Torre de marfil!

¡Inmaculada!

¿De quién es el hijo que tienes en el vientre,
hija mía? Y ella contestó:

“No tengo hijo, señor padre,
aún no he conocido varón”.

Cuchumaquic, su padre, no sabía;

Hun Camé, no sabía;

ni los de Xibalbá sabían.

Nadie sabía.

² Ernesto Gutiérrez: “La creación del hombre”, en *En mí y no estando: Antología poética* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1983), pp. 162-163.

Sólo el corazón del Cielo, lo sabía.
 Sólo el Espíritu de todas las cosas, lo sabía.
 Los buhos fueron encargados de sacrificarla.
 Cuatro fueron los que llevaron la jícara,
 para traer su sangre,
 para traer su corazón.
 Pero se condolieron de Ixquic
 y en vez de su sangre,
 en vez de su corazón,
 llevaron la sabia del árbol rojo de grana.
 Cuando los señores quemaron la sangre de Ixquic,
 la sangre que llevaron los mensajeros,
 la que llevaron los buhos,
 "comenzaron a sentir el olor los de Xibalbá,
 y sentían muy dulce la fragancia de la sangre",
 porque en realidad era virgen Ixquic.³

Volviendo a los *Anales de los cakchiqueles* o "de los xahiles" — conocidos también con el título de *Memorial de Tecpán Atitlan*—, debemos advertir que compendian la existencia histórica del pueblo cakchiquel. No en vano se estructuró a mediados del siglo XVII, en un título de propiedad para un proceso, con un claro propósito reivindicativo de tierras. Es una obra colectiva. Su primer autor —un miembro de la familia Xahil— rescata en lengua cakchiquel las tradiciones de sus antepasados; el segundo —otro miembro del clan familiar— lo continúa, narrando batallas y gobiernos de los suyos hasta la época de la conquista española; y luego, otros indígenas transforman el libro en una especie de diario, en el que evocan nacimientos y muertes, pleitos agrarios, eclipses, terremotos, etcétera. Vivas, sencillas y dramáticas, sus mejores descripciones poseen un memorable dinamismo bélico:

Cuando apareció el sol en el horizonte y cayó su luz sobre la montaña, estallaron los alaridos y gritos de guerra y se desplegaron las banderas, resonaron las grandes flautas, los tambores y las caracolas. Fue verdaderamente terrible cuando llegaron los quichés. Pero con gran rapidez bajaron a rodearlos los cakchiqueles, ocultándose para formar un círculo; y llegando al pie del cerro se acercaron a la orilla del río, aislando las casas del río, lo mismo que a los servidores de los reyes Tepepul e Iztayul, que iban acompañando al dios. En seguida fueron al encuentro. El choque fue verdaderamente terrible. Resonaban los

³ Francisco Pérez Estrada: "La virgen quiché", en *Chinazte: poemas* (Managua: Ediciones Nacionales, 1975), pp. 9-10.

alaridos, los gritos de guerra, las flautas, el redoble de los tambores y las caracolas, mientras sus guerreros ejecutaban sus actos de magia. Pronto fueron derrotados los quichés, dejaron de pelear y fueron dispersos, aniquilados y muertos. No era posible contar los muertos.⁴

En cuanto al *Rabinal Achí* o baile del tun, consiste en un auténtico hecho escénico, en un espectáculo de carácter litúrgico que hace uso de escenografía, acción y voz, gesto y movimiento, silencios y vestuario, danza y música, culminando con un sacrificio humano. Por algo se le considera la pieza más antigua del teatro indo-americano, pues se remonta aproximadamente a los siglos XII y XIII.⁵ Sus personajes principales están dotados de suficientes matices para adquirir relieves dramáticos. El "varón de Rabinal", representante del afán de justicia, no cede ante su jefe "Cincolluvia", gobernador de Rabinal, cuya magnificencia le conduce a interceder por el valiente varón de los quichés, la figura más constante, dramática y, de hecho, el protagonista. Al final, el último, durante el banquete fúnebre que le ofrecen, exclama:

¿Pero éste es el cráneo de mi abuelo?
 ¿pero éste es el cráneo de mi padre?
 ¿lo que veo, lo que miro?
 ¿No harán lo mismo con los huesos de mi cabeza, de mi cráneo?
 Así cuando mis descendientes bajen de mis montañas, de mis valles,
 a cambiar cinco cargas de cacao fino,
 de mis montañas, de mis valles,
 ellos dirán: He aquí el cráneo de nuestro abuelo,
 he aquí el cráneo de nuestro padre.

Evidentemente, el lenguaje acusa la elaboración paralelística y sinonímica, propia de la literatura del altiplano de México, recuperada y traducida en el siglo XX por el sacerdote y renombrado nahualista Angel María Garibay. Como vimos, igual labor habían realizado con las manifestaciones guatemaltecas otros dos clérigos: el español Ximénez en el siglo XVIII y el francés Brasseur de Bourbourg —traductor del *Popol vuh*, de los *Anales de los cakchiqueles* y del *Rabinal Achí*— en el siglo XIX.

Sobre todo las últimas obras resultan imprescindibles para penetrar en las raíces de los pueblos de origen maya que conforman la compleja masa

⁴ Citado por Eduardo Crema, *Historia de la literatura de Centro y Sudamérica (desde la época precolombina hasta la víspera de la emancipación)* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969), pág. 31.

⁵ Julián González: "El Rabinal Achí y la cultura indoamericana", *Revista Crítica* 6 (1984): 12-13.

étnica y lingüística de la Guatemala contemporánea, donde la conquista dejó casi incólumes a los herederos del *Popol vuh*. “Ni las campanas sustituyeron al teponaxtle, ni la flauta al xicoloj”, como diría Luis Cardoza y Aragón. De aquí que los indígenas de habla chuj del departamento de Huehuetenango aún trasmitiesen, en 1960, su creencia en los “dioses-días”, uno de los aspectos fundamentales del pensamiento mesoamericano:

Y hay también otros dioses
que son los momentos del tiempo.
Hay veinte dioses-días que nos miran cada día.
Un dios-día nos contempla cada día.
Por eso nosotros alimentamos estos dioses-días....⁶

En el resto de Centroamérica perteneciente al área mesoamericana, la conquista fue más implacable que en Guatemala, pues allí se arrasó a la población aborigen que, sin embargo, pudo dejar un testimonio de su aniquilamiento. Fray Bartolomé de las Casas lo refiere —cuando habla de los “bailes, fiestas y cantares que había en Nicaragua, Honduras y países inmediatos”— en uno de los capítulos de su *Apologetica historia*:

Lo que en sus cantares pronunciaban era recontar los hechos y riquezas y señoríos y paz y gobiernos de sus [ante]pasados, la vida que tenían antes que viniesen los cristianos, la venida dellos, y cómo en sus tierras violentamente entraron, cómo les toman las mujeres y los hijos después de roballos; cuánto oro y bienes de sus padres heredaron y con sus propios trabajos allegaron.⁷

Y continúa Las Casas, reconociendo en esta creación colectiva su carácter épico: “Otros cantan la velocidad y violencia y ferocidad de los caballos; otros la braveza y crueldad de los perros, que en un credo los desgarran y hacen pedazos, y no menos el feroz desnudo y esfuerzo de los cristianos, pues siendo tan pocos, a tantas multitudes de gentes vencen y matan; finalmente, toda materia que a ellos es triste y amarga”. He aquí los temas (resumidos en la frase “toda materia” que a ellos era “triste y amarga”) de los cantares que los derrotados y sometidos indígenas de Centroamérica entonaban sobre la destrucción de su mundo.

Hablamos de las culturas precolombinas de Mesoamérica ubicadas en las tierras más fértiles y de clima más favorable: el altiplano guatemalteco

⁶ Citado por Miguel León Portilla, “La palabra antigua y nueva en el hombre de Mesoamérica”, *Revista Ibero-Americana* 127 (1984): 353.

⁷ Bartolomé de las Casas, “Apologetica historia...” (fragmentos), en *Nicaragua en los cronistas de Indias*, introd. y notas de Jorge Eduardo Arellano (Managua: Colección Cultural Banco de América, 1975), pág. 90.

y la faja del Pacífico que abarca actualmente El Salvador y parte de Nicaragua. Tales zonas, por esas mismas causas, tenían mayor densidad demográfica y una gran penetración de influencias mexicanas. Esto explica que los pipiles de El Salvador hayan dejado cuatro muestras de “cantares autóctonos” en su respectivo dialecto: “Tiahuit Tzuntzunat” (“Vamos a Sonsonate”), “Nimetzihui” (“Te lo dije”), el “Canto pipil a Tacuba” —originario del occidente salvadoreño y mezclado con vocablos españoles— y el “Lamento de Amelicatl” final de una leyenda del lago Coatepeque, cuya traducción aproximada dice:

Mi corazón es tuyo
hermoso hombre mío.
Yo soy tu mujercita
y tú mi sol, mi flor.

Tu mano es fuego en la mía
y tus ojos fuego en mi alma.
Te quiero como a la luna
como a mi padre quiero.⁸

Igualmente, explica el rescate en Nicaragua de un “Canto al sol” de los nahuas de esa región y un par de testimonios coetáneos de la conquista. El primero posee varios elementos de la creación poética azteca: primeramente, un tema (el sentimiento de tristeza por la fugacidad de la vida a través del transcurso del día); y, en segundo lugar, procedimientos (paralelismo sinonímico, versos 3-4) y palabras-broche, o sea, aquellas que se repiten en distintos versos del poema (“mi corazón llora”, versos 7 y 11):

Cuando se mete el sol, mi señor,
me duele, me duele el corazón.
Murió, no vive el sol,
el fuego del día.
5 Te quiero, yo te quiero,
fuego del día, sol no te vayas.
Mi corazón, mi corazón llora.
Fuego del día, no te vayas,
no te vayas fuego.
10 Se fue el sol.
Mi corazón llora.⁹

⁸ Juan Felipe Toruño, ed., *Desarrollo literario de El Salvador* (San Salvador: Dirección General de Publicaciones, 1958).

⁹ Angel María Garibay, *Llave del náhuatl: colección de trozos con gramática y vocabulario para utilidad de los principiantes*, 2a. ed. (México: Editorial Porrúa, 1961), pág. 82.

Respecto a los segundos, ellos testimonian la explotación esclavista de ese proceso. Recogido por Las Casas, uno es un lamento que los chorotegas emitían, llorando y suspirando, cuando iban a laborar para los españoles, entre la ciudad de León y el puerto de El Realejo:

Aquellos son los caminos
por donde íbamos a servir a los cristianos
y aunque trabajábamos mucho,
volvíamos al cabo de algún tiempo
a nuestras casas
y a nuestras mujeres
e hijos;
pero ahora vamos sin esperanza
de nunca más volver,
ni de verlos,
ni de tener más vida.¹⁰

El otro lo incorporó a su *Historia del Nuevo Mundo*, el cronista italiano Girolamo Benzoni al entrevistarse en 1546 con don Gonzalo, cacique de los nicaraguas. Este, quien había sobrevivido a la etapa sangrienta de la conquista y estaba ya "indoctrinado" en el catolicismo, hizo un razonamiento sobre los "cristianos", en el que señalaba la apropiación económica y la bribonería de los conquistadores. No fue concebido como texto poemático, pero lo es por su expresión oral directa y acumulativa. A continuación transcribimos un fragmento de Benzoni, con el que concluimos nuestra introducción a la literatura de Mesoamérica:

¿Qué cosa es cristiana en los cristianos?
Piden el maíz, la miel, el algodón, la manta,
la india para hacer el hijo;
piden oro y plata.
Los cristianos no quieren trabajar,
son mentirosos, jugadores, perversos, blasfemos.
Cuando van a la iglesia a oír misa,
murmuran entre sí,
se hieren entre sí.¹¹

¹⁰ Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Londres: Shulze y Dean, 1912), pág. 82.

¹¹ Girolamo Benzoni, *La historia del Nuevo Mundo*, trad. y notas de María Vannisi de Gemlewicz, estudio prelim. de León Croizart (Caracas: Fuentes de la Historia Colonial de Venezuela, 1967).

MESOAMÉRICA



Publicación del Centro de Investigaciones
Regionales de Mesoamérica y
Plumsock Mesoamerican Studies

13



ANTROPOLOGÍA
HISTORIA
ARQUEOLOGÍA
SOCIOLOGÍA
ETNOGRAFÍA
ETNOHISTORIA
ECONOMÍA
ETNOLOGÍA
DEMOGRAFÍA
GEOGRAFÍA
LINGÜÍSTICA